

España, 1978: 2.179 suicidas

"... la gran población de la Tierra corre afanosamente a destruirse sin tener un motivo claro para hacerlo", decía un intelectual italiano hace pocos días. Intentaba explicar la crisis permanente que sufre el hombre moderno. Y de primeras es fácil imaginarse a una muchedumbre que, inconscientemente, ayudada por la rutina, conduce sus autos —ya no hay peregrinos de a pie— por una autopista ancha, sin áreas de servicio, sin postes de socorro, que ter-

mina en el borde mismo del precipicio y en donde no hay un "stop" que los detenga. Y es fácil oír el estruendo de varios coches estrellándose al unísono en lo profundo, y mientras dura este espectáculo no sentir deseos de bajar por entre las rocas y socorrer a los supervivientes, sino simplemente cruzar una pierna sobre otra y permanecer en el sofá oyendo el sonido de la chatarra, con la seguridad de que no habrá ningún herido que viva para reprocharlo.

AURORA FERNANDEZ

ASI de violenta —al mismo tiempo tan estática— es la visión. Y no impresiona ni por lo uno ni por lo otro. Está teñida de cotidianeidad, y cualquiera la ha tenido en alguna ocasión. Los más experimentados, los que han pasado por muchas crisis permanentes, sin concienciarse de ninguna de ellas, resuelven la cuestión con un tajante "es ley de vida" y ahogan así las expectativas de aquellos otros, los inexpertos, que se quedaron sin palabras desde que vieron precipitarse el primer coche. Para estos últimos, la sesión es de estreno. Ha sido una primicia de la caravana envolvente y presurosa que han atisbado y se han visto ellos mismos aprisionados entre furgonetas de reparto y rancheras familiares con perro de lanas.

La primera vez siempre es un duro golpe, pero con el tiempo se hace uno a todo. No es tarea difícil, sobre todo cuando los demás tienen la buena costumbre de seguir viviendo. Pero siempre hay alguno que da la nota. Alguno que no espera a que llegue su turno de precipitación y poniendo alas a las ruedas pasa sobre los venerables ancianos que dirigen la comitiva y se lanza al vacío desde una altura inmedible para acabar su vida en un estrépito discordante.

Entonces es cuando surge la sorpresa en algunos rostros, más que nada por lo imprevisto del acontecimiento. Los parientes y los amigos se hacen cruces pensando cómo pudo ocurrir la tragedia y permanecen frente al muerto en silencio, mientras cada uno busca en un fichero invisible —en donde no figura su foto— al culpable de la desgracia. Preferirán que no intervenga la Policía y así podrán decir que se trató de una muerte repentina. Enterrarán con prisas a tan excéntrico cadáver, porque ante todo hay que evitar que trascienda.

Marisa, trece años

Pero es difícil que 2.179 suicidas pasen inadvertidos. Mejor dicho, estos fueron precisamente los que no pasaron inadvertidos, porque esta cifra corresponde al número de muertes voluntarias ocurridas en España durante el año 1978. Y no queda ahí la cosa, ya que, según las estadísticas,

conducen a este camino son casi siempre los mismos: notas, temores bien fundados, celos... Además de los intentos hay algunos que llegan hasta el final —quizá con un arrepentimiento inútil— como aquel chico extremeño que hace unos años apareció colgado de una viga —mejor dicho, de dos, para que aguantase bien el peso— an-

donde los métodos que se emplean son irreversibles. Nada de barbitúricos ni cortes en las venas, sino ríos caudalosos y sogas gruesas.

Habría que preguntarse si a estos suicidas de pueblo se les podría encuadrar dentro de la clasificación de Durkheim. Si serían egoístas, altruistas, fatalistas o animicos, o más bien habría que guardar estos términos para los que lo intentan en la ciudad, para los que saben algo de depresiones, para los que se plantean la vida como esa carrera sin sentido hacia el abismo.

Lo cierto es que tanto unos como otros —bien sean jóvenes o entrados en años, hombres o mujeres— aumentan a buen paso. Cada vez son más los que no esperan su turno, los que aceleran la caída. En el período de tres años, la cifra aumentó en 432. Así de frío resulta dicho con números, parece que se trata de toneladas de arroz exportadas o de kilómetros añadidos a la red de carreteras. Y resulta que son —eran— personas, cada una con sus motivos, con su crisis particular y, sobre todo, con la desesperación a cuestas.

LA VIDA NO VALE NADA

por cada suicidio consumado hay diez intentos fallidos. Intentos como el de Marisa —trece años dentro de un cuerpo que la equivoca, que la hace ser mujer sin haber dejado de pensar como una niña—, que acabó en un urgente lavado de estómago. Tenía algunos problemas —"es propio de tu edad", le decían a ella— y unos padres que no entendían nada. Un día, entre tantos de los que se refugiaba en su habitación, se le ocurrió encender un pitillo. Detrás del humo se abrió la puerta y apareció su hermano, apenas dos años mayor, y entre bromas la amenazó con decirselo al padre. Marisa se imaginó el castigo y en ese momento pensó que la vida no valía nada. Por eso buscó el bote de pastillas y lo agotó.

Cosas de niños, dirá alguien, y efectivamente son cosas de niños, porque durante el período de un año se presentaron 92 intentos de suicidio en la Residencia Sanitaria Primero de Octubre de Madrid, que pertenecían en su totalidad a niños en edad escolar. Los motivos que les

tes de haberse atrevido a presentar los suspensos a los padres.

En tres años, 432 más

Y lo peor es que también a los niños les afecta esto de la crisis permanente. Tal vez ellos sean los depositarios de las frustraciones acumuladas de los mayores y han descubierto esta vía para librarse de tanto agobio. Con sus tentativas —sin proponérselo, naturalmente— están revolucionando las estadísticas, puesto que si antes los que tomaban estas decisiones eran personas con edades que sobrepasaban los cuarenta, ahora la media ha descendido notablemente, aunque, eso sí, siguen siendo los hombres maduros los que lo consiguen totalmente —como todo, será cosa de práctica—, los que dicen adiós definitivamente, y entonces ya no valen médicos. Y muchas de estas veces ocurre en el campo —el índice de suicidios rurales supera al de las grandes ciudades—,

Sorel, veinte años

Sorel era uno de ellos. Cuando murió apenas tenía veinte años y ya se había saturado de problemas, motivados algunos por su ceguera y otros por esa soledad de la que no conseguía salir. No sorprendió a sus amigos que un día saltara por una ventana, siempre fue algo raro. Dicen que cuando murió estaba borracho y que por eso se atrevió. Antonio no se atreve. Confiesa que le gustaría acabar con todo esto alguna vez, pero no encuentra las fuerzas suficientes para decir el adiós definitivo. Como solución —sin cejar en su objetivo—, se agarra a la botella y pasa el tiempo empapándose en alcohol, con la confianza en que



Sucedió en Honolulu. La muchacha, que estaba siendo juzgada, saltó del banquillo, salió por la ventana y, desde la cornisa, amenazaba con lanzarse al vacío. El juez, John T. West, saltó tras ella para disuadirla del suicidio (foto izquierda) y sus razones obtuvieron el fruto deseado (foto derecha).

ése es un buen método auto-destructivo. Cuando muera, nadie pensará que ha sido un suicidio y su caso no será registrado en ninguna estadística. Así son los suicidas. En la mayoría de los casos no constan en las relaciones oficiales, se diluyen en confusos accidentes o en desapariciones misteriosas.

Barcelona: dos suicidas al día

En Barcelona se conocieron oficialmente 770 durante el año 1978. Es una cifra que dividida por el número de días del año, arroja un promedio de dos suicidios diarios, lo que sitúa la capital catalana a la cabeza de las provincias españolas. Tal vez al contar con un centro de suicidología en el Hospital Clínico, el control es más estricto. Principalmente este centro sirve para prevenir en el futuro a los que ya lo intentaron una vez. Los psiquiatras que lo atienden saben que el intento de suicidio no es una enfermedad como el sarampión, que sólo se pasa una vez, sino

que en la mayoría de los casos se reincide. Quizá no se produzca la reincidencia dentro del período previsto, unos tres meses. Puede que ocurra en una tarde apacible, cuando de pronto se vayan por la ventana todas esas pequeñas ilusiones que ha ido coleccionando trabajosamente, y en el cristal se refleje durante un minuto ese gesto de tedio tan conocido. Puede que entonces haya un instante lleno de fuerza, de impulso inusitado, y el cuerpo rebese el quicio de madera.

La salida final

Y no se trata de ningún enfermo —algunos creen que todos los que se quitan la vida son enfermos mentales y no coordinan sus decisiones—, sino de seres que en ese momento dicen ¡basta! y parece no haber una explicación lógica para este arrebató. Por eso hablan de locura y suicidas como si hubieran de ir religiosamente unidos. Sin embargo, no todos los que intentan el suicidio están locos. Habría que hablar más bien,

y así lo hace Jean Baechleer, del suicidio como una salida por donde pueden ventilarse —definitivamente— deseos de agresividad fuertemente reprimida hasta entonces, intentos de evasión de una realidad que se ofrece conflictiva y nada satisfactoria, o que, por otra parte, presenta la oportunidad de darse en obediencia, tipo bonzo —sin ir tan lejos, tipo Joseba Elósegui—, aunque éstos suelen ser los menos comunes.

Y a toda esta tipología se encadena, en esta agonía de los setenta, el eslabón de la crisis. Un elemento permanente, según lo califica Ricardo Campa, que envuelve al hombre moderno, es decir, que viene a ser algo así como una neblina que cubre a la población de la Tierra desde hace al menos un siglo. Y quizá es que en todos los siglos los filósofos han dicho lo mismo. Probablemente ningún período histórico se salvó de ese desasosiego que cubre a las cosas y a las personas de un viso gris, que empaña las relaciones, generaliza las enemistades, que invita a ha-

blar de caos hasta en las más nimias circunstancias.

Decía el italiano Campa, hace unos días, que el hombre de hoy no puede soportar la sensación de vacío, de silencio. Que entabla una lucha constante contra todo lo que refleje a la nada. Por ello —decía— "sonoriza el silencio, llena el espacio de objetos". En realidad, lo que hacemos durante toda la vida es fortalecernos contra esa sensación espantosa de carencia. Es necesario poseer —aunque sean simples electrodomésticos— para ser, para alejarnos cuanto antes de ese punto cero en donde iniciamos la carrera. No importa que una crisis permanente se interponga —tal vez es la misma crisis la que nos empuja hacia delante—, el caso es ocupar un lugar preferente dentro de la caravana, que los demás sepan que podemos competir con ellos. Lo que nos sorprende a veces es que entre esos demás surge imprevisiblemente alguno que rompe las reglas de la carrera y tome el camino instantáneo para alcanzar el precipicio. ■